

CARLOS BURGUEÑO

LAS BATALLAS ECONÓMICAS
DEL KIRCHNERISMO



Burgueño, Carlos
Las batallas económicas del kirchnerismo . - 1a
ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Edhasa,
2015.
288 p.; 22.5 x15.5 cm.

ISBN 978-987-628-382-3

I. Ciencia Política. I. Título
CDD 320

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Primera edición: octubre de 2015

© Carlos Burgueño, 2015
© De la presente edición, Edhasa 2015

Córdoba 744 2º C, Buenos Aires
info@edhasa.com.ar
<http://www.edhasa.com.ar>

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona
E-mail: info@edhasa.es
<http://www.edhasa.com>

ISBN: 978-987-628-382-3

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Arcángel Maggio - División Libros

Impreso en Argentina

No hay que atacar al poder si no tienes la seguridad de destruirlo.

Nicolás Maquiavelo

El que quiera ser líder debe ser puente.

Proverbio galés

Índice

“Los muertos no pagan”	11
Introducción. Kirchnerismo y economía: el debate que quedará por siempre	17
Capítulo 1. El desendeudamiento. La etapa épica	29
Capítulo 2. Buitres: el desendeudamiento que no fue	59
Capítulo 3. Moreno, el mejor soldado (para cualquier batalla).....	75
Capítulo 4. El fallido combate al implacable enemigo silencioso....	101
Capítulo 5. La batalla contra el enemigo innecesario	131
Capítulo 6. Negar todo	155
Capítulo 7. La “reparación histórica”	191
Capítulo 8. La batalla final. La supervivencia y el legado	245
Conclusión. La “Grand Opéra” K	275
La última corrida	281
Agradecimientos.....	287

“Los muertos no pagan”

En la tercer semana de septiembre de 2003 Néstor Kirchner estaba algo nervioso, pero convencido. Era la primera vez que debía enfrentarse a un auditorio internacional de relevancia única y sabía que la dicción no era su fuerte. Ya había hablado minutos antes con su esposa, Cristina Fernández de Kirchner, y con su canciller, Rafael Bielsa, sobre los tonos en los que debía dirigirse a la Asamblea General de las Naciones Unidas (ONU) para dar el mensaje más importante que quería dejar ante la comunidad mundial de jefes de Estado, que cada septiembre se reúne en la sede central del organismo en Nueva York. Hacía pocos meses que Kirchner había asumido la presidencia y eran diarias las embestidas teledirigidas desde el exterior preguntando, con todo tipo de amenazas, la manera en que la Argentina solucionaría el principal problema económico que la acuciaba: cómo se pagarían los más de 150.000 millones de dólares del default más importante de la historia mundial. Aquel que en diciembre de 2001 había anunciado con festejos de tribuna Adolfo Rodríguez Saá ante un Congreso argentino que casi literalmente se “venía abajo”, y que había indignado a una comunidad financiera internacional que no estaba acostumbrada a semejantes imágenes. De ese dinero, cien millones correspondían a privados y el resto a organismo internacionales y estados soberanos.

La presión sobre Kirchner era constante. Gobiernos acreedores, como los Estados Unidos, España, Japón o Alemania; organismos internacionales, como el FMI, el Banco Mundial (BM), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), el Club de París; bancos de toda la galaxia; grandes, medianos y pequeños acreedores; querían alguna luz, alguna respuesta sobre si iban a recuperar todo, parte o nada de sus fallidas inversiones en la Argentina. También esperaban, agazapados, aguardando su oportunidad para comenzar a actuar, los fondos buitres. Eran los últimos que habían adquirido deuda argentina (sólo semanas antes del default), y esperaban la

señal adecuada para empezar a desarrollar su estrategia, ya conocida en otros países en desarrollo en el mejor de los casos, (o directamente tercermundistas) ir por la totalidad de la deuda, pero en los tribunales internacionales.

Todos se repartían aquella deuda de más de 150.000 millones de dólares y esperaban en aquel septiembre, impacientes, las declaraciones del presidente argentino.

Ya había anticipado Kirchner que hablaría por primera vez, ante el mundo, de la deuda externa argentina, y que daría señales sobre cómo se encararía aquel tremendo default. El presidente había llegado dos días antes a Nueva York, el 23 de septiembre, y se había recluso en su habitación con su esposa y un puñado pequeñísimo de colaboradores, para terminar de armar su discurso. Había preparado un largo mensaje de casi media hora de duración, pero le explicaron que sería imposible utilizar tanta cantidad de tiempo. Como todos los jefes de Estado que deben hablar ante la Asamblea, sólo se podían utilizar doce minutos. Le aconsejaron, además, que prepare un mensaje de no más de nueve minutos, porque no era lo mismo hablar solo en una habitación que en público. “Piense que siempre se tarda más en hablar en público que sólo frente a un espejo”, le explicaban sus asesores de la Embajada Argentina en Washington, a cargo de José Octavio Bordón. Ahí Kirchner terminó de ponerse de mal humor. “Lo que tengo que decir sobre la deuda me demandará mucho más tiempo. Tenemos que explicar bien nuestra situación y que nos entiendan”, protestaba el santacruceño. “No se puede, Néstor”, intentaba consolarlo el embajador. Bielsa lo palmeaba y le aseguraba que dando algunas puntadas finales podía darse un mensaje claro y directo sobre lo que el país tenía en mente para solucionar sería y adultamente el problema del default. El presidente les dejó al canciller y a su esposa la redacción final, y se fue a mantener sus primeras dos reuniones bilaterales. Eran con sus colegas latinoamericanos Vicente Fox, de México, y Luiz Inácio Lula da Silva, de Brasil. En esos momentos, Kirchner les tenía bastante desconfianza a ambos, situación que se mantendría, y profundizaría, con el primero; y se transformaría en amistad con el segundo, hasta convertir al brasileño en su gran aliado internacional, cabeza a cabeza del venezolano Hugo Chávez. Las reuniones con Fox y Lula no eran las primeras bilaterales con jefes de Estado que había mantenido Kirchner. Antes, el lunes 22 de septiembre, se había encontrado en la misma ciudad con George W. Bush,

que lo recibió con los brazos abiertos, una sonrisa amplia, piropos para Cristina Fernández de Kirchner y una frase que lo había agrandado: “Recibimos al conquistador del FMI”, en referencia al acuerdo que había firmado con el organismo internacional que en esos días dirigía el alemán Horst Köhler, quien en realidad dejaba el manejo diario del organismo, incluyendo los problemas crónicos con la Argentina, a la norteamericana Anne Osborn Krueger. Kirchner había logrado que el FMI no embistiera más con pedidos de ajustes bajo la promesa de presentar en el corto plazo un plan de reestructuración para la deuda en default. Lo hizo recurriendo telefónicamente al propio Bush para que intercediera ante la irreductible Krueger, que aún consideraba al país sudamericano como el peor alumno posible y lo veía como el ejemplo que debían evitar el resto de las naciones, si éstas querían seguir bajo la tutela financiera e ideológica del FMI. El presidente de los Estados Unidos le dio la derecha a Kirchner, y presionó sobre Köhler para que la Argentina tuviera su oportunidad de hacer una propuesta de arreglo de su deuda, sin las presiones por los ajustes interminables desde el FMI. El presidente republicano tenía tanta desconfianza sobre el mundo bancario mundial como Kirchner, ya que se consideraba a sí mismo como un hombre de la industria y el trabajo y no de la especulación financiera. Sus asesores en política latinoamericana veían además a la región como un peligro ideológico a partir del avance de la influencia de Chávez. De hecho circulaban las fotos del 25 de Mayo de 2003, donde en la asunción de Kirchner festejaban brindando sonrientes en la Casa de Gobierno argentina Chávez y Fidel Castro. Por todo esto, Bush apoyó personalmente a Kirchner. Kirchner tendría días después el respaldo inédito de George W. Bush, que lo recibiría en el salón Tiranosaurus Rex del Museo de Ciencias Naturales de Nueva York con una frase que agrandaría al argentino por partida doble: “Ahí viene el conquistador del Fondo Monetario y la senadora más linda del mundo”. Luego, recomendaría el estadounidense: “Negocie con firmeza, que muchos de ellos son fondos buitres”.

El jueves 25 de septiembre llegó, y Kirchner abandonó el hotel para participar en esa 58ª Asamblea Anual de las Naciones Unidas. Kirchner se mostraba por primera vez ante el mundo, con una imagen que ya era tradicional dentro del país: saco cruzado desabrochado, papeles desordenados con anotaciones con su birome Bic, desgarrado como si la tarima por donde pasaban todos los líderes mundiales le quedara chica, su dicción difícil

y sus notables furcios cada vez que tenía que leer algo que habían escrito entre varios, fundamentalmente su esposa.

No quiso perder tiempo y ya al comienzo de su discurso lanzó la máxima que acompañaría a su gobierno y al de Cristina Fernández de Kirchner hasta el final. El presidente argentino, en años donde hablar bien del FMI y el mercado financiero internacional era casi un padrenuestro para los jefes de Estado que no querían tener problemas ante el mundo del dinero, se presentó en sociedad.

Nos hacemos cargo como país de haber adoptado políticas ajenas; pero reclamamos que aquellos organismos internacionales que al imponer esas políticas contribuyeron y alentaron la gigantesca deuda, también asuman su cuota de responsabilidad. Resulta una obviedad que en una deuda de tal magnitud, la responsabilidad no es sólo del deudor sino también del acreedor. Solicitamos un rediseño de las instituciones financieras y económicas mundiales. Nunca se supo de nadie que pudiera cobrar deuda ninguna de los que están muertos. Sin medidas que promuevan el desarrollo sostenible, el pago de la deuda se torna verdadera quimera.

Kirchner lanzaba así su máxima: no se le podía cobrar a un muerto, y si el mundo quería cobrarle su deuda a la Argentina, tendría que aceptar la propuesta que se le haga, pero siempre garantizando que el país pueda crecer. De refilón anunciaba también su posición política ante el FMI y el mercado financiero mundial: deberán perder mucho porque fueron tan responsables como la Argentina del desastre de 2001.

Kirchner demandó menos tiempo que los doce minutos reglamentarios. Fue un mensaje de diez minutos y cincuenta segundos, donde además de la deuda habló de los derechos humanos como política de Estado, del conflicto en Medio Oriente y del reclamo sobre la soberanía de las islas Malvinas. Al finalizar el discurso dejó el estrado y no pudo con su genio. Tuvo que ser retado con una sonrisa por la azafata del secretario general de las Naciones Unidas, Kofi Annan, porque quería irse inmediatamente del recinto. La delegada le indicó que debía permanecer sentado unos segundos hasta que lo despidiera el locutor oficial. De mala gana el presidente argentino asintió, se dirigió a una silla mientras toqueteaba incómodo el

discurso que había dado hacía segundos. Luego de las palabras de rigor se levantó, saludó con apretones de manos a los maestros de ceremonia y abandonó la Asamblea. Rápidamente ordenó sus objetos personales y los de su esposa y lanzó la orden al puñado de colaboradores que lo acompañaban, quienes habían estado haciendo cuentas mentales sobre todo lo que podrían hacer en la hermosa Nueva York de esa época del año; algunos, incluso, ya tenían algún que otro ticket reservado para *Mamma Mia!*, la obra musical que hacía estragos en Broadway. “Ya terminamos acá. Tenemos ahora que seguir trabajando en Buenos Aires.” Sólo tres horas después el Tango 01 abandonaba Nueva York y volaba hacia la Argentina.

La aventura del desendeudamiento, la primera y más épica batalla económica del kirchnerismo comenzaba. A todo o nada.

Introducción

Kirchnerismo y economía: el debate que quedará por siempre

¿Década ganada o década perdida? ¿Modelo de acumulación de matriz diversificada con inclusión social o populismo irresponsable? ¿Redistribución de la riqueza o empobrecimiento? ¿Consagración de un modelo argentino superador de la teoría de economía social de mercado o “soja y suerte”? ¿Modelo exitoso generador de una reacción conspirativa de los grandes centros de poder para no convertirse en un “mal ejemplo” de otros estados que quieren liberarse del yugo neoliberal que invadió el mundo desde los 90, o terquedad autista que derivó en la pérdida de una oportunidad histórica, única e irrepetible? En definitiva, ¿años exitosos o años desaprovechados?

Pasará mucho tiempo hasta que se logre la perspectiva necesaria para que se puedan analizar con detenimiento y desapasionadamente los hechos y la herencia que dejaron los años de gestión económica de Néstor y Cristina Fernández de Kirchner. Mientras tanto, cuando la etapa de los tres gobiernos kirchneristas se cierra, podemos hacer una primera observación de lo que deberá tenerse en cuenta, en el tiempo, para ese análisis: cuáles fueron las decisiones económicas durante el kirchnerismo, cómo fueron las formas en que se tomaron de esas decisiones, dónde y cuándo se tomaron, por qué, quién las tomó y quién y cómo las ejecutó, y qué efectos tuvieron. En definitiva, y como una primera aproximación a lo que el kirchnerismo fue para el país en cuanto a la economía argentina, se puede ya ejercer un primer rol de infantería del análisis. Es la tarea del periodismo económico. Contar lo que sucedió, poner sobre la mesa los hechos sin disfraces ni malinterpretaciones apologéticas o destructivas y comenzar luego la tarea para que los historiadores comiencen a hacer su trabajo.